



La¹ Upanishad² en aforismo³

LA ISHA UPANISHAD

Sri Aurobindo

Para el Señor todo esto es un recinto sea cual sea aquella móvil cosa que en él se mueva.

¿Por qué dices que hay un cosmos? No hay cosmos, sólo el Uno en movimiento.

Lo que tú llamas cosmos es el movimiento de Kali⁴; asume así tu existencia en el mundo. En tu visión de inabarcable quietud eres Espíritu y habitas; en tu movimiento y acción exterior eres Materia y constructor del recinto. Contempla así a tu ser.

¹ Este es un capítulo completo tomado de: *Isha Upanishad*, Part II: The Upanishad in Aphorism, p. 351-359 [The Complete Works of Sri Aurobindo, vol. 17, Sri Aurobindo Ashram Trust, 2003].

² Aunque en sánscrito el término *Upanishad* es femenino, también es usual su traducción al género masculino. Las *Upanishad* (del sánscrito *upa*, desplazamiento físico, *ni*, movimiento hacia abajo y *shad*, sentarse, quiere decir literalmente “venir a sentarse respetuosamente al pie del maestro para escuchar su enseñanza”) son cada uno de los más de 200 libros sagrados hinduistas conocidos desde el siglo VII. Consisten en especulaciones filosóficas sobre textos de los Vedas. Dado que *Isha* significa “Ser Supremo”, *Isha Upanishad* puede interpretarse como “La Palabra de Dios”.

³ El aforismo es una frase breve y concisa que expresa de manera completa un principio o una regla de alguna ciencia o arte. Sri Aurobindo tradujo, analizó y comentó *La Isha Upanishad* de forma exhaustiva, a partir de 1900 y durante los siguientes quince años, debido a la identificación especial que tuvo con esta obra vedántica. Dentro de esa copiosa producción, estos aforismos pueden considerarse la quintaesencia de su interpretación sobre esta *Upanishad*.

⁴ Kali, término sánscrito que significa “la Madre oscura”, es el nombre con que se conoce en la tradición hindú a la “Energía suprema, benéfica incluso cuando usa la máscara de la destrucción”. Simboliza la fuerza de la Naturaleza.

El movimiento tiene muchos nudos y tus ojos ven cada nudo como un objeto; muchas corrientes y tu mente ve cada corriente como una fuerza y una tendencia. Fuerzas y objetos son las formas de Kali.

A cada una de sus formas le damos un nombre. ¿Qué nombre? Palabra, sonido, vibración del ser, el hijo del infinito y el padre del pensamiento. Antes de que la forma pueda ser, el nombre y la idea deben haber existido.

Los iluminados a medias dicen “A cualquier forma que se construye, el Señor entra a habitar”; pero el Vidente sabe que aquello que el Señor ve en Su propio ser, se convierte en Idea y busca una forma y un recinto.

El universo es una vibración rítmica de existencia infinita que se multiplica a sí mismo en muchas armonías y las sostiene bien ordenadas en el tipo original de movimiento.

Tú miras una piedra y dices: “Es inmóvil”. Así es, pero sólo para la experiencia sensorial. Para el ojo que ve, está construida de movimiento y se compone de movimiento. En la repetición ordenada de los movimientos atómicos que la componen reside su aparente quietud.

Toda estabilidad es un ritmo en equilibrio fijo. Alteras el ritmo, la estabilidad se disuelve y se torna inestable.

No hay un solo ritmo que pueda ser eternamente estable; por lo tanto el universo es un océano en continuo flujo, y todo en él es mutable y transitorio. Cada cosa en la Naturaleza persiste hasta que el propósito de Kali se cumple en ella; luego se disuelve y se transforma en un componente de alguna otra armonía.

La Manifestación es eterna, pero todo universo pasa. La necesidad de universo persiste por siempre, pero ningún mundo particular de cosas puede permanecer; pues cada universo es sólo un ritmo extraído de un número infinito de movimientos posibles. Cualquier sistema en la

Naturaleza o de la Naturaleza que ha sido completamente resuelto, debe ceder lugar a una nueva armonía.

No obstante, todo mundo y en cada mundo todo es eterno en su ser esencial; pues toda existencia esencial es el Ser Supremo sin fin ni principio.

Las formas y los nombres también son Dios y eternos; pero, en el cosmos, su eternidad es recurrente, no de persistencia ininterrumpida. Cada forma y cada idea que alguna vez ha sido, existe todavía y puede volver a ocurrir de nuevo; cada forma o idea que ha de ser, ya existe y fue desde el principio. El tiempo es una convención del movimiento, no una condición de la existencia.

Aquello que habita las formas de Kali es Ser y Señor del Movimiento. El Espíritu es el amo de la Materia, no su siervo; el Alma determina la Forma & la Acción y no está determinada por ellas. El Espíritu refleja en su conocimiento la actividad de la Naturaleza, pero sólo aquellas actividades que él mismo ha compelido a la Naturaleza a iniciar.

El alma en el cuerpo es soberana del cuerpo y no está sometida a sus leyes ni limitada por sus experiencias.

El alma no está constituida por la mente y sus actividades, ya que estas también son partes de la Naturaleza y meros movimientos.

La mente y el cuerpo son instrumentos del omnisciente y omnipotente Ser secreto dentro de nosotros.

El alma en el cuerpo no está limitada en el espacio por el cuerpo ni en la experiencia por la mente; el universo entero es su recinto.

Sólo hay un Ser de las cosas, un alma en multitudinarias formas. De cuerpo y mente estoy separado incluso de mi hermano o mi amante, pero al sobrepasar el cuerpo y la mente me puedo convertir en ser y en experiencia en

unidad con todas las cosas, incluso con la piedra y el árbol.

Mi alma universal ya no necesita estar limitada por mi mente y cuerpo individual, como tampoco mi conciencia individual está limitada por las experiencias de una sola célula de mi cuerpo. Las paredes que nos aprisionan han sido construidas por la Naturaleza en su movimiento y sólo existen en sus reinos inferiores. A medida que uno asciende se convierten en fronteras convencionales que siempre podemos atravesar y, en las cumbres, ellas se limitan a demarcar compartimentos en nuestra conciencia universal.

El alma no se mueve, pero en su perfecta quietud tiene lugar el movimiento de la Naturaleza.

El movimiento de la Naturaleza no es un movimiento real o material, sino la vibración de la autoconciencia del alma.

La Naturaleza es Conciencia-Fuerza, el poder expresivo de autoconciencia del Ser Supremo, mediante el cual todo lo que Él ve en Sí Mismo, se convierte en forma de conciencia.

Cada cosa en la Naturaleza es un devenir del Espíritu uno quien es el único Ser. Nosotros y todas las cosas en la Naturaleza somos devenires de Dios.

Aunque para la experiencia terrestre hay multitud de almas en el universo, todas ellas son sólo un Alma disfrazada tras muchas formas de Su conciencia.

Cada alma en sí misma es enteramente Dios, cada grupo de almas es colectivamente Dios; las modalidades de movimiento de la Naturaleza crean su separación y sus diferencias externas.

Dios trasciende el mundo y no está condicionado por ninguna ley de la Naturaleza. Él se sirve de las leyes, las leyes no se sirven de Él.

Dios trasciende el cosmos y no está condicionado por ningún estado de conciencia en el mundo. Él no es conciencia unitaria ni conciencia múltiple, Personalidad ni Impersonalidad, quietud ni movimiento, sino que simultáneamente incluye todas estas autoexpresiones de Su ser absoluto.

Dios trasciende simultáneamente el cosmos, lo contiene y lo informa; el alma en el cuerpo puede llegar a la conciencia de Dios y a la vez trascender, contener e informar su universo.

La conciencia de Dios no es exclusiva de la conciencia cósmica; la Naturaleza no es un paria del Espíritu, sino su Imagen; el cosmos no es una falsedad contradiciendo al Ser Supremo, sino el símbolo de una existencia divina.

Dios es el reverso de la Naturaleza, la Naturaleza es la otra cara de Dios.

Dado que el alma en el cuerpo es eterna e inalienablemente libre, su esclavitud al egoísmo, a la ley de la naturaleza corporal, a la ley de la naturaleza mental, a la ley del placer y el dolor, a la ley de la vida y la muerte, sólo puede ser aparente y no una esclavitud real. Nuestras cadenas son un juego o una ilusión, o tanto un juego como una ilusión.

El secreto de nuestra aparente esclavitud es el juego del Espíritu mediante el cual Él acepta olvidar la Conciencia Divina en el proceso de absorber el movimiento de la Naturaleza.

El movimiento de la Naturaleza es un séptuple flujo, cada corriente sometida a su propia ley de movimiento, pero conteniendo latente, expresada o insinuada en sí misma a sus seis hermanas o compañeras.

La Naturaleza se compone de Ser, Voluntad o Fuerza, Deleite, Supramente, Mente, Vida y Materia.

El Alma puede asentarse en cualquiera de estos principios y, de acuerdo con su ubicación, su perspectiva cambia y ve un mundo diferente; todo mundo es una simple perspectiva organizada y armonizada del Espíritu.

Lo que Dios ve, existe; lo que Él ve con orden y armonía, se convierte en un mundo.

Hay siete mundos: el del Puro Ser; el de la Pura Voluntad o Fuerza; el del Puro Deleite Creativo; el Supramental; el del Puro Pensamiento; el de la Pura Vitalidad; el de la Pura Materia.

El alma en el Mundo del Puro Ser es pura verdad de ser y se percibe a sí misma como una en la multiplicidad del cosmos.

El alma en el Mundo de la Pura Voluntad o Fuerza es pura fuerza de voluntad y conocimiento divinos y posee al universo omnisciente y omnipotentemente como su ser extendido.

El alma en el Mundo del Puro Deleite se multiplica a sí misma en la autocreación universal y la inalterable alegría de ser.

El alma en el Mundo Supramental se percibe a sí misma en el orden y la disposición de unidad comprendida en la multiplicidad, todas las cosas en su unidad y cada cosa en su lugar, tiempo y circunstancia correctos. No está sometida a la tiranía de las impresiones, sino que contiene y abarca los objetos que conoce.

El alma en el Mundo del Puro Pensamiento recibe la impresión pura de objetos separados y de su suma recibe la impresión de la totalidad. Es la mente quien mide, limita y divide.

El alma en el Mundo de la Pura Vitalidad se vierte a sí misma en variada energía vital.

El alma en el Mundo de la Pura Materia olvida la fuerza de la conciencia en la forma de conciencia.

La materia es el último peldaño de la escalera y el alma que ha descendido hasta la Materia tiende, por su naturaleza secreta e impulso propio inevitable, a volver a emerger desde la forma hacia la libertad del puro ser universal. Estos son los dos movimientos que rigen la existencia cósmica: el descenso hasta la materia o mera forma y el ascenso hacia el Espíritu y Dios.

El hombre es un Ser Mental que ha penetrado un cuerpo material vitalizado y está buscando facultarlo de pensamiento e idealidad infinitos para que se convierta en el perfecto instrumento, sede y recinto del Ser Supremo manifiesto.

La mente en el mundo material está atenta a dos tipos de conocimiento: los impactos provenientes del exterior, corporales o mentales, recibidos por el pensamiento individual y traducidos a valores mentales, y el conocimiento proveniente del interior, espiritual, ideal o mental, traducido de manera similar.

Los cuerpos físicos inertes reciben todos los impactos que recibe la mente, pero al estar desprovistos de pensamiento organizado, los retienen sólo en la mente absorta en la materia y son incapaces de traducirlos en símbolos mentales.

Nuestros cuerpos, inertes por naturaleza, son cuerpos físicos movidos por la vida y la mente. También reciben todos los impactos, pero no todos ellos se traducen en valores mentales. De los que se traducen, algunos son interpretados de manera imperfecta, otros perfectamente, algunos de inmediato, otros sólo después de una más o menos prolongada incubación dentro de la mente absorta en la materia. Con respecto al conocimiento interior se presentan los mismos fenómenos variables: allí todo el

conocimiento que se traduce en valores mentales constituye la sustancia de nuestra conciencia de vigilia. Esta conciencia de vigilia que el Ser Mental acepta como sí mismo y que está organizada alrededor de la sensación de un yo central es el ego.

El Ser Mental encarnado es en su conciencia mucho más vasto que el ego; tiene una amplia cobertura de conocimiento y experiencia del pasado, el presente y el futuro, de lo cercano y lo distante, de esta y otras vidas, de este y otros mundos, todo lo cual no está disponible para el ego. Al ego se le escapan muchas cosas y olvida las que advierte; el Ser Mental nota y recuerda todas las experiencias.

Eso que acontece en nuestra energía vital y en nuestros cuerpos por debajo del nivel de la mente de vigilia es nuestro ser subconsciente en el mundo; eso que acontece en nuestra mente y en nuestros principios superiores por encima del nivel de nuestra mente de vigilia es nuestro ser supraconsciente. El ego a menudo recibe indicios, más o menos oscuros, de una u otra fuente cuyo origen es incapaz de rastrear.

El hombre progresa a medida que expande su conciencia y hace que cada vez más amplias y más agudas experiencias estén disponibles para la percepción y el deleite de la conciencia de vigilia; y a medida que puede ascender a cumbres más altas de la mente y más allá de la mente hacia la idealidad y el espíritu.

La manera más rápida y más eficaz de avanzar y autorrealizarse es disolver el ego en el goce de una conciencia infinita, al principio de manera mental en el Ser Mental Universal, pero luego de manera ideal y espiritual en el Supramental Personal e Impersonal.

La trascendencia y disolución del yo mental en el cuerpo es, por lo tanto, el primer objetivo de toda práctica Vedanta.

Esta trascendencia y disolución puede resultar ya sea en la pérdida del yo mental y el hundimiento en una especie de adormecimiento, de indiferenciado desinterés por lo material; o bien en la pérdida del yo cósmico en el Nirvana, en una dilución trascendental del sentido de la existencia; o bien en la universalización del yo mental y la alegría de la manifestación divina en el cosmos y más allá, en una identificación plena con la Creación. Esta última es la meta que le propone al hombre la Isha Upanishad.

El ego, identificando al Ser Mental con sus experiencias corporales, vitales y mentales que hacen parte de la corriente del movimiento de la Naturaleza y que están sometidas a la Naturaleza y al proceso del movimiento, cree erróneamente que el alma es esclava de la Naturaleza y no su soberana. Esta es la ilusión de la esclavitud que el Ser Mental acepta o busca destruir. Quienes la aceptan son almas esclavas, quienes tratan de destruirla son almas libertarias, quienes la han destruido son almas libres de toda ilusión y limitación.

En realidad, ningún alma es esclava y por lo tanto ninguna está buscando la liberación o ser liberada de la esclavitud; estas son todas condiciones de la mente de vigilia y no del ser o espíritu que es el Ser Supremo, eternamente soberano y libre.

La esencia de la esclavitud es la limitación y las circunstancias primordiales de la limitación son la muerte, el sufrimiento y la ignorancia.

La muerte, el sufrimiento y la ignorancia son circunstancias de la mente en el cuerpo vitalizado y no afectan la conciencia del alma en sus cuatro miembros superiores (supramental, de deleite, de voluntad o fuerza y

de ser). La combinación de los tres miembros inferiores —mente, vida y cuerpo— se denomina reino inferior o, en jerga cristiana, el reino de la muerte y el pecado, los cuatro miembros superiores se denominan el reino superior o, en jerga cristiana, el reino de los cielos. Liberar al hombre de la muerte, el sufrimiento y la ignorancia e imponer la naturaleza bienaventurada y luminosa del reino superior sobre el inferior es el objetivo del Vidente en la Isha Upanishad.

Esta liberación se efectuará disolviendo el ego en el Ser Divino Manifiesto y experimentando completamente nuestra unidad con todo lo existente y con Aquel que es Dios, Alma y Ser Supremo.

Toda existencia individual es objeto de movimiento en corriente de movimiento y obedece las leyes y procesos de ese movimiento.

El cuerpo es un objeto de movimiento en la corriente de la conciencia material, cuya ley principal es nacimiento y muerte. Por tanto, todos los cuerpos están sometidos a formación y desintegración.

La vida es un torrente de movimiento en la corriente de la conciencia vital compuesta de energía vital eterna. La vida en sí misma no está sometida a la muerte —pues la muerte no es una ley de la energía vital—, sólo a ser expulsada de la forma que ocupa y, por lo tanto, a la experiencia física de la muerte de su cuerpo.

Toda materia aquí está llena de una energía vital con mayor o menor intensidad de acción, pero la organización de la vida animada individual comienza más adelante en el proceso del mundo material mediante la aparición primero de la planta, luego del animal. Esta evolución de la vida es causada y apoyada por la presión de los dioses del Mundo de la Pura Vitalidad sobre el Mundo de la Materia.

La vida que penetra un cuerpo está dominada parcialmente por las leyes del cuerpo, por ello es incapaz de impartirle su propia, total e ininterrumpida energía. En consecuencia, no existe la inmortalidad física.

La organización de la vida animada individual tiende a acelerar el periodo de desintegración al introducir choques de una intensidad de fuerza ajena a la materia, la cual desgasta su forma material por medio de su actividad. Por lo tanto, la planta se desintegra mientras que la piedra y el metal perseveran en su propio equilibrio.

Al penetrar en el cuerpo vitalizado, la mente tiende a acelerar aún más el periodo de desintegración debido a que sus altas vibraciones son exigentes para el cuerpo.

La mente es un nudo de movimiento en la corriente de la conciencia mental. Al igual que la vida, la mente en sí misma no está sometida a la muerte, sólo a ser expulsada del cuerpo vitalizado que ha ocupado. Sin embargo, debido a que el ego se identifica con el cuerpo y entiende su vida sólo como esta residencia en su actual cuerpo físico burdo y perecedero, tiene la experiencia mental de una muerte física.

La experiencia de la muerte es por lo tanto una combinación entre la aparente ignorancia de la mente mortal sobre su verdadera naturaleza inmortal y la limitación de energía en el cuerpo a raíz de la cual la forma que habitamos se envejece debido a los choques vibratorios de energía vital y a la vibración del pensamiento. Entendemos por muerte no la disolución de la vida o de la mente, sino la desintegración de la forma o cuerpo.

La desintegración del cuerpo no es la verdadera muerte del ser mental llamado hombre; es sólo una mudanza en la dimensión y en las vecindades de la conciencia. La materia del cuerpo cambia sus componentes y agregados, el ser

mental persiste tanto en su esencia como en su personalidad y encarna en otras formas y entornos.

